
hacia la regeneración de la iglesia y el mundo *

carlos castillo

1. Líneas Pastorales en América Latina

1.1. Una pastoral olvidada

En el camino de nuestra Iglesia latinoamericana podemos observar que las cuatro líneas pastorales que se han experimentado¹ se organizan sobre la base de mundos más o menos definidos y estables o por lo menos con una cierta cohesión interna. La pastoral de cristiandad corresponde a un mundo estable religioso, la pastoral de nueva cristiandad es el primer paso de la Iglesia en un mundo autónomo, la pastoral de distinción de planos es el segundo paso, la pastoral profética es la respuesta a un mundo autónomo dependiente e injusto. Sin embargo, nos hemos encontrado descolocados cuando se prolonga la crisis del mundo, se afectan hondamente sus bases y no tenemos que decir.²

Al parecer hemos olvidado que hubo una pastoral inicial de la Iglesia que debió enfrentar también un mundo helénico-romano en larga crisis hasta su agudización el siglo III. Esta pastoral olvidada tiene algo en común con la crisis actual: estamos obligados a existir como cristianos buscando con el

* Esta es la parte final del artículo «Ser cristiano entre dos milenios: hacia una teología de la regeneración», cuya primera parte fue publicada en el número doble 25-26 de esta revista.

¹ Gutiérrez, G. *Líneas Pastorales de la Iglesia en América Latina*. Lima, 1970.

² Sacchi, P. *Storia del secondo tempio*. Torino, 1994. Sostiene una crisis ya en el primer siglo, algo que al parecer fue agudizándose desde las periferias a los centros: «En I siglo d. C. el problema del mal y del pecado con todas sus inevitables consecuencias era agudísimo en Israel, mantenido vivo por la situación trágica en que se encontraba el país» (p. 316).

mundo formas que contribuyan a recrearlo. Y sin propuestas no hay relevancia e incidencia ninguna en esta crisis del mundo.³

¿Qué pastoral corresponde a un mundo autónomo en disolución y crisis? Mucho más, si la crisis es amplia y duradera, ¿qué tipo de pastoral requiere un mundo en crisis permanente? Como Iglesia en América Latina respondemos aún insuficientemente a la crisis actual, carecemos aun de la altura necesaria que la situación requiere.

Este trabajo ha querido apropiarse suficientemente del momento inicial de la Iglesia que fue más o menos de este tipo, un mundo en crisis, en el cual la Iglesia aprende a insertarse, y comienza a comprenderlo desde su interior, luego de una aguda contradicción también basada en la profecía. Nos preguntamos: ¿cómo, por tanto, ir más allá de la profecía liberadora que hemos sostenido hasta hoy? ¿Cómo superar la llamada «crisis de la teología de la liberación» más allá de reafirmar la irrevocable opción preferencial por el pobre?⁴ Hay quienes creen que debe hacerse repitiendo las mismas cosas, resistiendo en la reducción a lo elemental. Hay quienes afirman que hay que olvidar la opción y pasar a una crítica avasallante del mundo. En ambos casos resistentes o avasallantes, el acento está puesto en enfrentar la crisis con la ética —social o individual—.

El estudio realizado nos permite derivar con P. Sacchi⁵ y X. Pikaza⁶ que la solución ética es mas propia de la tradición judía, especialmente bautista y farisea, y que la justicia de los justos se puede mover a la larga en la lógica de la mezquindad, que termina por acentuar más la crisis.

La perspectiva regeneradora incluye la justicia y la profecía, pero en una perspectiva de amor generoso.⁷ Si no se profundiza en una perspectiva de amor entendiéndolo en las diversas dimensiones que tiene, por ejemplo, la generosidad, se corre el riesgo de recaer en una concepción judaizante y de condena sumaria al mundo, por razones de moral social o razones de moral personal. La Iglesia, descubriendo la regeneración desde la generosidad de Dios, pudo acercarse al mundo con claridad, pero con un amor desinteresado y abundante que permitió penetrar todos los espacios del corazón, de las

³ Según Huenemann, comentario oral, se ha comenzado a vivir una dislocación de la Iglesia latinoamericana respecto de su mundo cuando, por una parte, no se ha valorado eclesial y teológicamente la diversidad de intentos y proyectos de las nuevas organizaciones y de las ONG por desarrollar concretamente la sociedad latinoamericana en varios terrenos (educativo, empresarial, tecnológico) y, por otra, cuando se ha dejado de asimilar los nuevos enfoques sociales y económicos acerca de nuestra realidad dependiendo de parámetros anclados en los años 70 como la teoría de la dependencia.

⁴ La expresión ha sido usada por Ratzinger, J. *Situación actual de la fe y la teología*. Guadalajara, 1996; y hace poco por De Olivera, R. Ob. cit., p. 109 (véase nota 4).

⁵ Sacchi, P. *Storia del secondo Tempio*. Torino, 1994, pp. 463ss.

⁶ Pikaza, X. *Antropología Teológica. Del árbol de juicio al sepulcro de la pasqua*. Salamanca, 1993, pp. 255ss.

⁷ Ya Gutiérrez en su libro sobre Job explica la existencia de dos lenguajes: el de la profecía y el de la mística: El de la justicia y el de la misericordia, y anuncia la superioridad del lenguaje de la misericordia sobre el de la justicia. Nuestra perspectiva quiere ayudar a desarrollar este anuncio Cf. Gutiérrez, G. *Hablar de Dios desde el Sufrimiento del Inocente*. Lima, 1983.

casas, de los barrios, de las localidades, de las ciudades y, por fin, del imperio, hasta conseguir ser el alma para este cuerpo que es el mundo.

1.2. Treinta años de Iglesia renovada

El avance de la Iglesia latinoamericana en estos últimos 30 años consistió en enfrentar un mundo injusto estable. Este ha perdido ahora estabilidad, ha entrado en crisis y su flexibilidad relativiza y desaloja, debido a la forma destructiva que toma, tanto a la profecía liberadora, como al rigorismo moralizante. Se ha desencadenado en las gentes mayoritariamente pobres en América Latina una búsqueda de regeneración que requiere ser tomada en cuenta con la generosidad evangélica de Jesús.

Si los pobres han optado por el pentecostalismo y otras derivaciones espiritualistas, hay que leer esto como el síntoma de un reclamo de vivir una Iglesia no solo «pobre, misionera y pascual» como proponía Medellín, sino también una Iglesia «casa, madre,⁸ amparo, consuelo, vida, alegría, generosidad, regeneración». Las Conferencias Episcopales de Medellín, Puebla, Santo Domingo y el Sínodo de América han sido esfuerzos importantes en la búsqueda de una respuesta eclesial a los problemas del continente, pero sus líneas pastorales aún se encuentran sumergidas en una cierta lentitud respecto a la aceleración del cambio de mundo y América Latina, producto de la crisis destructiva.

Y es verdad, anclados en una actitud profética de denuncia de dos polos de problemática, la justicia en el mundo y la defensa de la moral personal y de la vida, todos nos hemos fosilizado un poco entre los que buscan la justicia, y los que buscan la moral en cuestiones del ser personal. Mientras un mundo toma la vía de la sanación y el resguardo personal como medio de salvación, fuera de los ámbitos visibles de la Iglesia, el otro busca formas de regeneración de la vida a través de un pragmatismo pretendidamente científico. Estamos a la busca de una salida, aunque ciertas corrientes de pensamiento consideren que puede predicarse una Nueva Evangelización sin tocar a la Iglesia, es decir, sin regenerar a la Iglesia de lo alto.

Los cambios en los estilos, los acercamientos y cambios pedagógicos en los lenguajes más modernos, los climas de impacto espiritual, los movimientos y las comunidades desarrolladas en estos años no parecen ser suficientes para alcanzar la altura adecuada a la situación. Curiosamente no se asume en serio la base cotidiana de las localidades como núcleo esencial de la tradición eclesial para renovar la Iglesia, más bien, se opta por otros ámbitos distintos a la localidad.⁹ El papel de los carismas en la Iglesia adquiere

⁸ Es realmente actual la imagen de Juan XXIII de la Iglesia como Madre y Maestra. En la intervención programática del Cardenal Lercaro en el aula conciliar afirmaba que el tema fundamental era el de «la generación a la gracia de los pobres y los humildes». Cfr. Lercaro, G. *Per la forza dello Spirito, Discorsi conciliari*, pp. 113-14.

⁹ Ha sido una grave ausencia que en la *Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in America* no aparezca una referencia efectiva a la necesidad de renovar y reiflorar Comunidades Eclesiales de Base, máxime si la proposición 47 había sido aprobada por 195 *placet*, 16 *non placet* y 5 votos blancos.

una enorme importancia en esta búsqueda, qué duda cabe, pero a su vez se siente la debilidad de las Iglesias locales que necesitan ser fortalecidas como vehículos más concretos y fecundos para contribuir a buscar salidas en un mundo tan diversificado culturalmente.¹⁰

Sin duda la problemática de la vida ocupa un lugar central en los desafíos pastorales de hoy. La cuestión es cómo teológicamente respondemos a ellos. Una simple actitud de «defensa» ya sido siempre y está siendo actualmente insuficiente, porque no basta con la denuncia profética. Estamos ahora ante el desafío del anuncio, la propuesta y la anticipación de la Buena Nueva que anunciamos en forma concreta, precisa y testimonial hasta el punto de fascinar y entusiasmar a todos especialmente a los últimos de la tierra. Para ello es necesario ser reengendrado de lo alto de la cruz gloriosa de Jesús, y por ello de su Padre.

Hace poco, con su característica honda sensibilidad, G. Gutiérrez proponía una reflexión teológica titulada «a dónde dormirán los pobres?»,¹¹ que expresa muy bien el mundo de exclusión en el que nos encontramos. Quisiera decir que a su vez refleja este escrito un problema de desalojo y de cierta pérdida de norte, de localización, en nuestra reflexión teológica. Estamos en medio de los pobres, como en la situación de Nicodemo, sin ver y sin entrar en el Reino.

1.3. El magisterio y la regeneración de la vida

Un gran paso fue dado con la profundización realizada en la teología latinoamericana al desplazarse de la problemática de la liberación a la problemática de la vida. En efecto, se comenzó primero a hablar del Dios liberador y se llegó al Dios de la vida. Se esclareció que en la cuestión del pobre se jugaba la cuestión de la vida misma del ser humano y la naturaleza. Pobreza es muerte, liberación es vida.¹²

A partir de allí, en unidad con toda la Iglesia, se avanzó en el Magisterio pastoral de los obispos una propuesta amplia donde el tema de la vida abarcaba diversos niveles: desde la vida de los pobres hasta la vida del ser humano por nacer y del anciano que termina su vida.¹³

Este camino no ha estado exento, sin embargo, de tensiones y malentendidos. Mientras que un pragmatismo aético toma en el mundo la delantera — de la economía con el neoliberalismo, de la ciencia con la manipulación utilitaria donde la ingeniería genética ocupa el lugar de la vanguardia—, la reacción moral de la Iglesia basada en principios esenciales alza proféticamente su voz de

¹⁰ Interesante resulta que la Novo Millenio Ineunte insista en plantear una retoma de la Iglesias locales, cfr. N.º 29.

¹¹ Cf. Gutiérrez, G. «Una teología de la liberación en el contexto del tercer milenio». En AA. VV. *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*. Santafé de Bogotá: CELAM, 1996, pp. 97-165.

¹² Gutiérrez, G. *El Dios de la vida*. Lima, 1989. Quizás a ello apunte la insistencia del Papa en Santo Domingo al afirmar que la opción preferencial por el pobre era no solo exclusiva y excluyente sino «firme e irrevocable». Cfr. Discurso inaugural N.º 16.

¹³ Cf. Documento de Santo Domingo, pp. 210-27.

condena sin ser suficientemente escuchada. Igualmente mientras la exclusión del sistema aumenta, la voz de la Iglesia se alza también (por ejemplo, solicitando la condonación de la deuda), y tampoco es suficientemente escuchada. Paralelamente esta actitud de condena se amplía hacia diversas tendencias disolutorias de hoy, algunas de carácter religioso muy difundidas.

La Iglesia en su magisterio sobre la vida requiere, sin embargo, acrecentar su autoridad, no por alzar el tono de su voz, sino por la hondura de la vivencia de la vida que predica en su interior. Ilustres ejemplos de personas resaltan en ella; pero, como forma de conjunto específica para estos tiempos, la Iglesia aparece todavía en muchos aspectos como de espaldas a la generación y regeneración de la vida en su interior, tal como la quiere el Señor de la Vida: una Iglesia de la caridad.

Por eso la pregunta que nos parece más acuciante es esta (que podemos plantear recogiendo la formulación de Jesús en el evangelio de Lucas): «¿quién es pues el administrador fiel y prudente a quien el Señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente?» (Lc. 12, 42). La razón del Magisterio para alzar su voz envuelve esa preocupación, pero la situación exige proposiciones basadas en una Iglesia que testimonia la vida ella misma y que es capaz de regenerar a los pobres y a todos los seres humanos a una vida nueva por anticipado, de restablecer la subjetividad en crisis, de reconstruir las bases de existencia, de consolar, de cultivar las dimensiones más finas del ser humano, de ser ella en algo «la nueva civilización del amor», todo esto no por medio de los elitismos de algunos grupos y movimientos, sino en la diversidad de los ámbitos esenciales de las Iglesias locales (parroquias, y diócesis).

Desde el Vaticano II se ha dado un acercamiento a las gentes, pero este acercamiento requiere de una multiplicación mayor de respuestas y elaboración de propuestas sanas capaces de sostenerlas en su salud y normalidad, en medio de la cotidianidad difícil de estos tiempos. Pasos se han dado innegablemente, pero hemos de dar uno más: constituir la Iglesia como caridad ella misma.

1.4. Impase y mística regeneradora

En estos momentos estamos en un impase serio, puesto que ante el peligro de una laxitud, en la que algunos han caído desde el Vaticano II, la Iglesia puede caer en la tentación de encerrarse en propuestas poco comprensivas de lo que acontece al mundo. Sobre todo, considerando que la espiritualidad es el punto de partida más fuerte, conviene profundizar si una dimensión regeneradora de la mística no sería un modo más adecuado para vivir ante el mundo en crisis sin separarse de él, uniendo aquella a una experiencia real de impulso de la regeneración de la vida al interior de la Iglesia.¹⁴

¹⁴ Paulo VI lo decía en la EN 18-20 al hablar de las culturas: «De allí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la buena nueva» [...] y «cómo hacer una «generosa evangelización» sin una Iglesia reengendradora de la generosidad de Dios?

Surge así, a partir de esta reflexión, la posibilidad de construir una Iglesia testimonio del reino que anuncia, «una Iglesia para vivir», en donde las personas se restablezcan de sus heridas; los pobres se sienten a la mesa; los ricos compartan sus bienes y restituyan si quitaron lo que no era suyo; compartan, si no lo quitaron, lo que tienen por tener mejores oportunidades; se cultiven todas las dimensiones del Reino que predicamos; crezcan las personas en forma creativa y actualizada, en medio de los desafíos del mundo, y propongan al mundo la fascinación de su forma de vivir, con el optimismo resucitador de una mística regeneradora compartida por todos. Nos parece que esta ya está emergiendo en diversas experiencias pastorales locales y requiere su amplia incentivación.

2. Ser alma en el mundo globalizado

Un proyecto pastoral nos parece que toma forma: ser nueva alma para el mundo globalizado de hoy. Ello supone dos cosas: que la Iglesia sea reengendradora de lo alto y que la Iglesia sea regeneradora de la vida.

2.1. Una Iglesia reengendradora de lo alto

Esto requiere una Iglesia que se deje engendrar nuevamente de lo alto. Más que *Ecclesia semper reformanda*, estamos llamados más profundamente a ser una *Ecclesia semper regeneranda*. Para ello requerimos de algunos criterios que paso a esbozar.

2.1.1. ESPIRITUALIDAD Y REGENERACIÓN DE LO ALTO

La Iglesia es el nuevo pueblo de Dios convocado por el Espíritu Santo. Por eso ella opera solo si el Espíritu inunda todas sus personas e instituciones y renueva a cada uno y a todos en conjunto en la regeneración original. Y este Espíritu es el Espíritu de Jesús que nos dirige hacia el Padre y a la generosidad regeneradora con los hermanos.

Los tiempos invitan a una mayor espiritualidad y misticismo, pero los cristianos creemos que el Espíritu es el mismo Espíritu de Jesús. Por eso se trata de una espiritualidad encarnada profundamente en la historia concreta de los seres humanos de hoy. La insistencia en la espiritualidad ha de poner acento la originalidad y amplitud de la espiritualidad de Jesús, que viviendo de cara al Padre, y generado permanentemente por él, resplandece por su compromiso con el drama de la humanidad, santificándola y regenerándola desde la potenciación de lo mejor de lo humano.

La emergencia actual de una «religión sin religión» puede llevar a una espiritualidad aérea e irónica. Pero quienes creemos en Jesús nos conducimos según su Espíritu en esta historia, en su cotidiano vivir, a partir de lo cual Jesús pudo penetrar los cielos (Heb. 9, 24ss). Nos invita a intentar una experiencia mística en el corazón de la cotidiana lucha por sobrevivir y por superar estas difíciles condiciones. Un cristianismo dinámico y creativo basado en el discernimiento de las situaciones y los desafíos, suscitador de creatividad de respuestas, ante circunstancias no antes conocidas, es quizás un renova-

do modo de ser cristiano que difícilmente puede reducirse a solo vivir un modelo y una sola experiencia histórica.

De hecho, las dos formas del cristianismo moderno abiertas por el Vaticano II, el vivido en una sociedad secularizada (moderno), y el vivido en una sociedad pobre (liberador) aportaron bastante en los primeros pasos de una experiencia dinámica de ser cristianos, pero fueron dejando de lado la apertura a las historias y variantes disímiles de la vida, quedándose en modelos de ser cristianos al interior de alternativas de vida cristiana de corto alcance. La reacción ante las dificultades de vivir la fe en un mundo cada vez más en crisis y enormemente dinámico fue creando un conjunto de modelos de vida cristiana aseguradores de ciertos principios. Estos modelos no tendieron a disolverse en el mundo, pero sí a parapetarse internamente sin abrirse a lo positivo del mundo, presentando más una perspectiva de juicio al mundo. Asimismo, fue surgiendo un nuevo cristianismo conservador o con una religión del capitalismo que pretende imponer valores a un mundo que se les escapa.

Todas estas fórmulas, que se han convertido en estáticas y conservadoras, adolecen de falta de dinamicidad, y se abstienen de acoger el desafío de un mundo tan dinámico; por ello, adolecen de falta de discernimiento concreto de la voluntad de Dios a través de los nuevos signos de los tiempos. Así difícilmente se ha de presentar la decisión definitiva de Jesús: «de una vez para siempre» (Heb. 10, 10). Es notoria la ausencia de la revisión de vida y del recurso a la Palabra de Dios como instancia interpelladora en varios sectores eclesiales. Pero quizás esto sucede porque hemos dado excesivo acento al juicio. Tal vez si recurriéramos a la Palabra para dejarnos inspirar para una nueva creación probablemente la revisión de vida se haría más y mejor.

Una regeneración de la experiencia cristiana requiere superar una actitud estática y conservadora, y asirse a una actitud profundamente «tradicional» de ser cristiano.¹⁵ Aquella que transmite la experiencia original de Jesús en circunstancia nuevas, intentando no solo la fidelidad a su Espíritu en la renovación de las formas, sino el reentroncamiento en las fuentes del Espíritu del Resucitado para la regeneración de toda la Iglesia. Nada exime de la reflexividad, es decir, del esfuerzo por reentender la fe en circunstancias concretas. La formulación de modelos cristianos para épocas pasadas fue un gran esfuerzo de creatividad, por esa misma razón, salvo aquellas formas que directamente expresan a Jesús, es preciso evolucionar hacia formas renovadas dentro de la exigencias de una sociedad dinámica. Mucho más si estas sociedades corren tan rápidamente que de la innovación dependerá la existencia futura de la humanidad.

Desde luego se trata de una espiritualidad regenerativa que no cede ante el adelgazamiento de la sociedad que todo lo hace *light*, tampoco sucumbe ante el miedo a los cambios para parapetarse en las torres de marfil de otros tiempos, ni menos practica la doblez de aceptar la amoralidad eco-

¹⁵ En este sentido se puede decir que la fe no cambia ni la tradición de la Iglesia, pero sí que evoluciona su comprensión y su adaptación a los tiempos. Esta precisión faltaba en una conocida entrevista sobre el papel de los cristianos. Cf. *Debate* 1997, febrero-marzo.

nómica del sistema y a la vez la moralidad individual puritana. En un mundo de muerte, sin salida, con murallas infranqueables, el cristiano sabe que las murallas de la muerte se pueden atravesar con fe, su mística confianza en el Padre lo hacen desplazarse confiado de un lado a otro de un mundo en donde todos desconfían de todos, comprende el abandono en que entra el sujeto cuando ve desafíos tan grandes, y acompaña enseñando a atravesar los espacios, acomuna en el sobrevivir mediante la solidaridad, llena de ánimos para aguantar, y en el momento oportuno decide ir a Jerusalén, abriendo todos los espacios cerrados por la muerte. Como dice la famosa carta a Diogneto, «lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo».¹⁶ Somos pues el alma de este mundo sin alma.

2.1.2. UNIVERSALIDAD-MISIONALIDAD¹⁷

La sensación de que tenemos un mundo por salvar no está ausente de los cristianos en general y menos en esta situación donde las grandezas de los avances van aparejadas con grandes incertidumbres. Pero salvar al mundo no es imponer la salvación, es proponer testimonialmente la maravillosa novedad de la esperanza evangélica. La universalidad nos sitúa sobre todo como «Iglesia en Misión».

Este tiempo presupone una actitud de apertura y comprensión de las cosas interesantes que este mundo posee, como la que tuvieron los primeros cristianos a partir de la resurrección de Jesús. Una de esas cosas fundamentales es su deseo y búsqueda diversificada de sanación, refundación, regeneración, restablecimiento, renacimiento. El mundo a evangelizar es un mundo fascinante porque en él Dios se reserva un resto que no son solo los cristianos sino tantos justos, buscadores de verdad y humanidad, a quienes es preciso encontrar para que el mundo se acoja a la salvación y se salve.

La apertura universal ha sido un horizonte, incluso algo más que eso, un norte que guió a la primera Iglesia hacia todos los pueblos reconociendo en ellos «todo lo verdadero, noble, justo, limpio, en todo lo que es fraternal y hermoso; todos los valores morales que merecen alabanza» (Fil.4, 8) y que puedan empalmar con el evangelio. La apertura universal hizo que la preferencia de Jesús por los pobres encontrara otros más allá de las fronteras de Israel, entre los «perritos» que clamaban por escuchar la misma palabra de aliento. Y encontró gente muy dispuesta a seguir el camino, aun no siendo pobre ni judía.

Esta apertura universal tiene un evangelio que proponer, el evangelio de la Palabra de Vida en un mundo de muerte. La Palabra de la regeneración en un mundo que la busca. De allí la centralidad de Jesús en el anuncio, y especialmente de la dimensión histórica y humana de su divinidad. Ella requiere a su vez de una lectura de la Biblia que se sitúe culturalmente mediante el discernimiento vivo de los aspectos culturales que se acercan a Jesús. Esta nueva evangelización o evangelización inculturada presupone que cuan-

¹⁶ Carta a Diogneto, 5, 1-17; 6, 1, en *Los Padres Apostólicos*, Madrid, 1979, pp. 850-1.

¹⁷ Cf. Dianich, S. *Iglesia en Misión*. Salamanca, 1988; *Chiesa estroversa*. Milano, 1988.

to más se reconoce a Jesús situado en sus coordenadas concretas suscita más la apertura a culturas que con otras categorías pueden vivir encarnadamente su Espíritu.

Con este criterio universal también se nos incentiva a llegar a todos los hombres diversificados en culturas, en grupos, en categorías, estratos y clases sociales. Sabiendo anunciar la buena noticia teniendo en cuenta la diversidad de circunstancias, manteniendo el mismo anuncio con pedagogías diferentes.

El criterio de universalidad supone la diversificación tanto en las formas de anunciar como en las formas de construir la Iglesia. Hoy se habla de una Iglesia constitutivamente pluriforme, y ella nos llama a una actitud creativa en las distintas formas que esta Iglesia universal ha de tener, para ser Iglesia de todos.

Por ello pasa también por la preferencia. Mucho más si la mayoría de la humanidad es excluida y pobre. Hoy más que nunca la universalidad reclama la preferencia hacia los últimos de este mundo como sujetos de Iglesia y considerados hijos que ocupan la preferencia de la opción evangelizadora y eclesial.

Ambas, universalidad y preferencia, presuponen la actitud divina del amor generoso, único capaz de amar y confiar conscientemente en un ser humano y en un mundo que para muchos merecería la condena. Mirar universalmente como Dios mira este mundo con su ancho corazón (*macrotumia*), con su ojo generoso (*oftalmos aplos*), con su amplitud capaz de suscitar la confianza en sí mismo para ser regenerado de todas sus lacras.

2.1.3. SEMPER REFORMANDA, SEMPER REGENERANDA

Nuestro tema conduce a una imagen de la Iglesia que revela la raíz por la que se afirmó su continua reforma. La Iglesia es *semper reformanda* porque es *semper regeneranda*, es decir, porque es regeneración permanente de lo alto, y comunicación de la fe, Iglesia en Misión regeneradora de Dios en el mundo. La razón de la reforma es algo más profundo, que consiste en un enraizamiento en la generosidad de Dios, que comunica capacidad generosa y regeneradora.

2.1.4. LA IGLESIA DE LA CARIDAD¹⁸

Constitutivo de una Iglesia regenerada del amor generoso de Dios es la Iglesia como caridad toda ella que caracteriza su «pureza» por la práctica en su interior de la opción preferencial por el pobre.¹⁹ Conviene hacer una lista²⁰ de los elementos que la componen:

Una Iglesia de la caridad supone primero que nada una *Iglesia constitutivamente pobre*, en el sentido de considerar a los pobres como centro de la

¹⁸ Cf. Associazione teologica italiana. *De Caritate Ecclesia, Il principio «amore» nella chiesa*. Padova, 1987.

¹⁹ Cfr. St. 1, 17-27; 2, 1ss.

²⁰ En otro momento hemos explicado estos criterios que ahora señalamos solo de paso, Cf. Castillo, C. «Ante los Desafíos del Tránsito de Época: Una Iglesia para Vivir». En *Selecciones de Teología* 147 (1998) 37.

acogida, promoción y constitución interna de la vida de la Iglesia en un mundo que los excluye y los tiende a hacer desaparecer. Esta Iglesia caridad ha de sanar las heridas de los pobres que cada vez aumentan sin medida, y ayudar a reconstruir su subjetividad personal para que se manifiesta una mejor subjetividad social de los pobres.

Desde allí, ha de acentuar el sentido de la *Localidad*²¹ en un mundo donde lo global hace menguar las particularidades. *Comunión*²² y forma comunitaria es otra dimensión, que requerirá sin duda de un esfuerzo grande de repensamiento si es que se trata de regenerar desde la generosidad, y sobre todo si la perspectiva es formar un Pueblo de Dios que contribuya a formar la unidad en la diversidad de los pueblos de la tierra. *Laicidad*²³ es otro, donde el laicado ha de vivir su sacerdocio común como comunicación de una confianza que Dios deposita en sus hijos regenerados. Es lo que Santo Domingo llama «protagonismo laical», viene de la generosidad de Dios que privilegia al cristiano común del pueblo como comunicador fundamental de su palabra. La apropiación que hoy los pobres, especialmente los jóvenes, en América Latina han hecho de la Iglesia y la comunicación de la Palabra requiere de un sostén regenerador permanente de espiritualidad que los dote de creatividad e invención, sobre todo, en la caridad dentro y fuera de la Iglesia.²⁴

2.1.5. GENERACIONALIDAD

Finalmente una Iglesia que alienta a las nuevas generaciones de jóvenes a continuar y actualizar por el Espíritu la regeneración original es una Iglesia con futuro. La atención a las nuevas generaciones es constitutiva de la revelación porque está destinada a llegar a todas las generaciones futuras.

Un excesivo peso en el urgente presente llevó a un olvido de la formación y la constitución elemental de la vida integral del cristiano joven. Siendo el más presente y entusiasta creyente el joven en nuestra Iglesia latinoamericana, aunque hemos tardado en reconocer su importancia teológica y ecle-siológica, ha estado medianamente atendido. Puebla le dio la altura de una opción como la de los pobres, que luego Santo Domingo ratificó con la prioridad por ellos.²⁵ En efecto la opción y la prioridad son dos cosas distintas. Después de haber hecho este cambio, volvemos desde aquí a proponer llamar a la prioridad juvenil «opción preferencial por los jóvenes» como lo hace Puebla. En gran parte muchos de los impases que ahora se tienen en la Iglesia latinoamericana han sucedido por estar planteados en términos que hoy no responden a las exigencias actuales y futuras.

²¹ Cf. Tillard J.M. *L'Eglise locale, Ecclesiology de Communion e Catholicite*. París, 1995. También Dianich, S. *Eclesiologia, questioni di metodo e una proposta*. Torino, 1993; *Fraternidad Sacerdotal de Lima. Por un proyecto de Iglesia local*. Lima, 1995.

²² Cf. Tillard J.M. *Iglesia de Iglesias*. Salamanca, 1994.

²³ Dianich, S. *Laicos y laicidad en la Iglesia*, 89-90 (1988) 91-122.

²⁴ Dianich, S. Habla de la *carita come principio di conversione e di riforma*, en «La carita e il costitutivo fondamentale della chiesa: ovvietà e non ovvietà del asserto». En Menke, K. *Creder e Pensando*. Brescia, 1997.

²⁵ Según algunos teólogos Santo Domingo habría sustituido la «opción» por la «prioridad» por los jóvenes.

Jesús se preocupa por dejar su «testamento» para las nuevas generaciones. Es un peligro grande hoy, como en las antiguas generaciones de la Biblia «incrédulas y perversas», «insoportables»²⁶ —por cerrar la revelación a los que vienen— que algunos insistan en sus términos y no dejar fluir la creatividad fiel de los nuevos. Formar a los jóvenes es tarea prioritaria, pero no a nuestra imagen y semejanza, sino a la de Dios en Cristo manifestada en su vocación particular. Y más que tarea prioritaria es opción preferencial.²⁷

Y los jóvenes de hoy están más debilitados en su ser, son jóvenes «rotos».²⁸ Una pastoral radicada en el sólido sentido los jóvenes en la historia de la salvación se echa en falta. Se han dado pasos para superar un simple «entretenimiento juvenil», pero aún no se ha llegado a ser consciente de la hondura del asunto juvenil para la salvación. Es esta una cuestión tan importante como el tema de la mujer o el de las culturas, pues se juega en él la regeneración de la Iglesia y del mundo.

Hay que elaborar serios itinerarios espirituales con los jóvenes, para generar frutos de alegría abundante que se comuniquen a las generaciones futuras por los mismos jóvenes. En mucho la fe debe enfrentar la crisis subjetiva de la vida del joven. La regeneración del mundo pasa por la regeneración del sujeto joven, capaz de ser sujeto creador, generoso, sano y libre. Y la Iglesia es madre generadora de sus jóvenes para rejuvenecer y renegar el mundo con ellos: «Joven a ti te digo ¡levántate!», es el lema de Jesús; se trata de actualizarlo en una Iglesia postconciliar que envejece.

2.1.6. DOMESTICIDAD

Es conveniente situar en una Iglesia para vivir la dimensión doméstica, familiar, hogareña. Una Iglesia casa, que tanto los primeros cristianos incentivaron ante modelos distorsionados de familia se requiere para regenerar el sujeto humano y la vida. «La Iglesia puede crear un hogar éticamente habitable» dice Vico Peinado²⁹ y todo depende de la sensibilidad pastoral para desarrollar esta perspectiva con éxito. No se trata de volver a la defensa de la

²⁶ Mt 17, 17; Mc.9, 19; Lc.9, 41.

²⁷ Cfr. Comisión Episcopal de Juventud, Conferencia Episcopal Peruana, *Pastoral Juvenil, Marco de Referencia*. Lima, 2000, pp. 25-38.

²⁸ Expresión acuñada en la Reunión Nacional de Asesores de Pastoral Juvenil de la Comisión Episcopal de Juventud del Perú, Huancayo, agosto, 1997.

²⁹ Vico Peinado, J. *Liberación sexual y ética cristiana*. Madrid, 1999, p. 52; este autor cita un extraordinario texto de Auer, A. «la Iglesia puede crear hogar porque trasmite un horizonte conceptual global en el que se puede vivir y morir. Puede crear hogar porque puede presentar modelos vivientes —aunque sean controvertidos ¿y como podría ser de otra manera?— para la implantación de esta comprensión como ofertas de orientación para la libertad crítica de los hombres. Y puede en fin, crear hogar porque agrupa una y otra vez a los hombres para la solemne celebración de esta comprensión. Todo ello se alcanza tanto mejor cuanto que la Iglesia no se entiende solo como *institutio*, sino también y cada vez más, como *communio*, que permanece en (y dentro de los posible también con) sus sociedades contemporáneas atenta a la búsqueda de los humanamente justo e incorpora a este proceso de búsqueda sus propias aportaciones».

«familia, la tradición y la propiedad», se trata de reconstruir familias desde una Iglesia Hogar toda ella también. «Hogar para los que no tienen hogar» como señaló Elliot para los primeros tiempos de la Iglesia capaz de contribuir a rehacer los lazos básicos de la sociedad.³⁰

2.2. Una Iglesia regeneradora de la vida del mundo

La fecunda expresión de Dianich, «una Iglesia para vivir», supone una visión de la Iglesia universal en la localidad, que permita al cristiano vivir con «normalidad» en medio del mundo, sin perseguir a nadie ni ser perseguido por nadie. Al interior de esta reflexión sobre la regeneración esa imagen nos hace pensar en la urgencia de poner un acento: regenerar en ella la normalidad de la vida en un mundo donde se extreman, debido a los miedos o las excesivas confianzas, las formas rigoristas y laxistas de ser.³¹ Esto supone educar para dar el paso de la virtualidad a la realidad del mundo, amándolo como tal para mejorarlo.

2.2.1. SOLIDARIDAD Y POBREZA: ZONAS DE REGENERACIÓN

Finalmente, una Iglesia en tiempos de exclusión global, es una Iglesia solidaria, donde los pobres tienen el primer lugar, y que practica la solidaridad interna como signo de salvación para la humanidad. Ello implica un contundente testimonio de pobreza, despojado de las ambiciones de un mundo que vertiginosamente camina sumando réditos. La Iglesia hace de la predilección por los pobres el centro de su vida porque en ellos se revela el rostro de Jesús.

Una Iglesia solidaria es una Iglesia generosa, sin mezquindad; se sitúa así como promotora de esperanza en un mundo donde se constituye la vida sobre la base de la innovación y la competencia permanente. Incentiva y promueve en este mundo la formas nuevas de la solidaridad, que van desde los actos asistenciales más nimios hasta el cambio de las estructuras de pecado. Es por eso una Iglesia evangelizadora del mundo económico, en los modos de hacer empresa y de generar recursos. No se paraliza buscando solo un cambio de estructuras que vendrán algún día ni deja de decir su voz profética para denunciar injusticias, pero si sabe combinar los diversos aspectos de denuncia y anuncio, procurando entrar en todos los niveles de decisión voluntaria hasta crear costumbres en el mundo que lo hagan solidario. Es también una Iglesia que participa en la invención de modos alternativos que regeneren la vida social justa, y los anticipa organizándolos entre los cristianos como su contribución a la vida del mundo.³²

³⁰ Elliot, J. H. *Un hogar...*, p. 282.

³¹ En efecto, el mismo Severino Dianich señala la importancia del cristiano común y de la agregación normal en la Iglesia por medio del bautismo en su *Ecclesialogía, Questioni di metodo e una proposta*, Milano, 1993, p. 253.

³² *El último documento del Pontificio Consejo «Cor Unum», El hambre en el mundo, un reto para todos: el desarrollo solidario*. Roma, 1996, pp. 45ss. tiene justamente la genialidad de ser una inspiración para incidir, desde la fe, en un mundo como el actual para regenerarlo desde la solidaridad.

Esta Iglesia, sin duda, da testimonio de la pobreza, siendo ella pobre. Haciendo que las grandes cosas vengan por obra de la gracia de Dios y con base en el testimonio de la humildad y la sencillez de Jesús. La pobreza que es muerte para los pobres, siendo solidaria puede convertirse en fuente de vida y esperanza, porque invita a compartir a todos, hasta alcanzar incluso a los grandes de este mundo. Una Iglesia así promueve proféticamente las formas sociales y políticas de conversión, que van más allá de las esfera individual, pero que pretende decisiones personales solidarias proyectadas hacia un compromiso irrevocable de opción por el pobre.

2.2.2. REGENERAR LA VIDA: ECOLOGÍA Y SUJETO HUMANO

Tarea principal será la regeneración de la vida en tres dimensiones: contribuir desde la Iglesia a regenerar la vida de la naturaleza en crisis ecológica; la vida de los pobres excluidos y deambulantes por el mundo, así como toda vida, incluida la del niño por nacer; la vida del sujeto humano desestructurado e implosionado,³³ así como la de las organizaciones sociales y políticas de base, intermedias y globales que las gentes requieren para vivir verdaderamente felices.³⁴

Esto requerirá de unas «zonas de regeneración»³⁵ de la vida que, como núcleos de renacimiento, sean signos eficaces de regeneración desde la Iglesias locales, que alienten toda búsqueda humana y le permitan a la humanidad criterios para afirmarse en sus pasos o de reordenarse si anduviera perdida. La Iglesia puede sugerir alternativas mostrando anticipos creativos desde la relación estrecha y pacífica con la naturaleza y la contemplación de la belleza que regenera.³⁶

³³ Sin duda el punto más serio es el de contribuir desde la fe y, por tanto, desde la vocación es reconstruir el sujeto personal: «Reconstruir la persona no es, ante todo, obra de laboratorio cultural ni de mecanismos políticos, ni de discursos ideológicos. Ni siquiera de una mera "dicción", de una repetición discursiva de contenidos cristianos. Procede gracias a una experiencia nueva, en una renovada autoconciencia de sí, o sea, en una "metanoia", que es redescubrimiento de la vida como don, de su vocación, significado y destino. La clave de ese redescubrimiento en la vida misma se da mediante un encuentro humano, con una presencia que suscita atracción, que provoca un reavivarse de las exigencias constitutivas del propio "corazón" que deja entrever un esplendor de verdad y una promesa de felicidad sorprendentes pero razonables en cuanto correspondientes a los anhelos fundamentales de la vida. La autoconciencia más plena de la persona se da en el encuentro con Jesucristo». Cfr. Carriquiry, G. *Sobre la reconstrucción*, p. 58.

³⁴ Carriquiry, G. ID p. 56: «Por otra parte no se trata de encerrarse en el "prepolítico". Las obras son verificación corporea de aquella "subsidiariedad" y "solidaridad" que abren caminos hacia una sociedad más libre, más democráticamente participativa, más humana, reclamando del estado, de la política, no una instrumentalización y manipulación de la sociedad civil sino un auténtico servicio, apoyo, valorización y promoción de la realidad viva de un pueblo hacia la consecución del bien común».

³⁵ También se ha sugerido un reentendimiento de los monasterios como *lieux d'esperance* en Lafont, G. Ob. cit., p. 117.

³⁶ Juan Pablo II, *Paz con Dios creador, paz con toda la creación. Mensaje para la Jornada Mundial de la paz 1990*, N.º 14: «No se puede descuidar tampoco

2.2.3. REGENERACIÓN Y CONOCIMIENTO

Pero como Iglesia tendríamos que entrar con más hondura en diálogo con el mundo del conocimiento, medio indispensable hoy para regenerar el mundo y superar la pobreza. En medio de los galopantes y, a veces, irreversibles deterioros en los que estamos entrando, hay intentos regeneradores que vienen de la misma ciencia, ante los límites que presenta el orbe, y no los podemos obviar en una experiencia de fe que quiere ser comprometida. En efecto, un idílico «volver a la naturaleza» cuando ella está ya incorporada de modo tan estrecho a la humanidad, sería bastante lejano a la realidad.³⁷

Es central por ello el diálogo con la cultura, y acciones como la pastoral de la cultura y la pastoral universitaria.³⁸ Requeriremos de un norte regenerador para pensar salidas que a través del diálogo incidan en los intentos regeneradores que vienen de otros nortes culturales (otras religiones, orientalismos, científicismos, agnosticismos). Con ello podríamos contribuir a generar un gran movimiento cultural de generosidad, solidaridad y regeneración de inspiración cristiana, como lo fue parte del renacimiento³⁹ en el pasado, y el mismo cristianismo de los inicios, con su cercanía a los terapeutas y a los estoicos.

2.2.4. REGENERACIÓN, EDUCACIÓN Y JUVENTUD

Una tarea indispensable en que la Iglesia puede colaborar para la regeneración del mundo es su labor educativa, que se plantea como reeducación, que primero procede a una búsqueda intensa con el mundo de aquellas bases elementales y luego las enseña indesmayable y pedagógicamente a los jóvenes que tanto las echan en falta, cuidando sí de su reelaboración fiel y creativa por parte de estos. Pero ello requiere capacidad de buscar también dentro de las claridades que creemos muy seguras. Enseñar con convicción no quiere decir cerrar las puertas a la plenitud de la verdad.

Conclusión: dar mucho fruto entre dos milenios

Esta época de larga y profunda crisis nos presenta un mundo en búsqueda de bases fundamentales, y desafía a los cristianos a proponerle nuevas bases desde la fe. El proyecto de una Nueva Evangelización es por ello

el valor estético de la creación. El contacto con la naturaleza es de por sí profundamente regenerador, así como la contemplación de su esplendor de paz y serenidad».

³⁷ En forma algo exagerada algunos dejan notar algo de razón cuando critican al movimiento verde: «sus propuestas dependen del llamado regreso a la "naturaleza". ¡Si la naturaleza ya no existe! Ya no podemos defender la naturaleza de modo natural...», Giddens, A. *Más allá...*, p. 20.

³⁸ Un gran paso ha sido la publicación de dos documentos vaticanos al respecto: *Pastoral de la Cultura*, Roma, 1999, y *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*, Roma, 1994.

³⁹ Como ha señalado el Dr. Salomón Lerner estamos en «tiempos de renacimiento», cfr. Informe, diciembre, 1999, *Saludo de Navidad*, p.1. Véase también Lerner, S. *Reflexiones en torno a la universidad*. Lima, 2000.

acertado. El mundo, sin embargo, muchas veces está buscando sin nosotros y en algunos casos las está encontrando, buenas o malas, por sí mismo. Las opciones del Vaticano II y las posteriores llevaron a la Iglesia a distinguir planos para dialogar y luego a incentivar su actitud profética ante sus males. Hoy este mundo, en donde hay búsquedas sinceras y muchos males juntos, requiere de un cambio de actitud por parte nuestra.

El deseo de renacer, de restablecerse, de sanar, de regenerarse que corre en muchos ambientes se generaliza cada vez más y ciertamente apunta a múltiples novedades con las cuales el cristiano ha de habérselas. Esta búsqueda es un signo larvado de conversión, aunque en él haya muchos elementos todavía no claros. Insistir solo en la profecía, como Jonás, podría llevarnos a la amargura y a la soledad. Necesitamos dejar reinspirar nuestra profecía en un mundo tan confuso. En época de Jonás, Dios se arrepintió de destruir a Nínive la gran ciudad porque «soy un Dios clemente y compasivo, lento a la cólera y rico en piedad». ¿No será hora de tener compasión por esta nueva Nínive que es el mundo de hoy?⁴⁰

Los cristianos que hemos recibido del Padre el don de ser reengendrados para una esperanza viva, con mucha mayor razón hemos de confiar en esta humanidad donde Dios tiene siempre reservado un resto. Dar razón de esta esperanza en un mundo en crisis es no solo dimitir de condenarlo, sino participar de su búsqueda y alentarlo en su deseo regenerador. Tenemos la regeneración de Dios operando en nosotros para ayudar en esa búsqueda. Lo importante es que la vida que se nos ha comunicado y se nos continúa comunicando abundantemente llegue a todos los seres humanos, especialmente a los pobres, y ello solo se dará si activamente participamos de sus búsquedas de regeneración, y si somos regenerados por Dios también en medio de esta nueva aventura, haciéndonos responsables de esta humanidad como «administradores fieles y prudentes». Ello llevará a dar mucho fruto.

Este fruto será abundante si como el Padre nos engendró, nosotros como Jesús nos hacemos de este mundo cansado y agobiado, y lo ayudamos a renacer, sin cargarlo de tantos yugos pesados e insostenibles que ni nosotros mismos podemos cargar. Para ello es preciso ser engendrados nuevamente por Dios en estas circunstancias concretas. Cada desafío del mundo es una oportunidad para «ser engendrado de lo alto». Solo así los yugos serán ligeros y las cargas llevaderas; es decir, si nuestra Iglesia se deja reengendrar por la generosidad del Dios Padre, por medio del Hijo en el Espíritu Santo, como una madre generosa y regeneradora, si es Iglesia reengendada del Espíritu del resucitado que da fuerza y aliento, ánimo para avanzar y corregir lo avanzado en la búsqueda de un mundo nuevo. Llegaremos juntos con el mundo a la civilización del amor que buscamos si dejamos a Dios recrearnos y dando testimonio de su amor, dejándonos constituir en una Iglesia para vivir y dar vida.

⁴⁰ Arnold, S.P. *Nínive, Retos de la Modernidad*. Lima, 1998.